

# El Jacques Cousteau chileno

**S**i creyéramos todo lo que dice el doctor Cea, quizás llegaríamos a la conclusión de que lo que cuenta en esta entrevista es mentira. O que podría serlo. Según él, si hay algo que caracteriza a los hombres de mar, pescadores, buzos y marinos, es que son muy mentirosos. Que cuentan muchos cuentos, que agrandan las historias. O que, simplemente, las inventan.

A los 71 años, Alfredo Cea es, ciertamente, un viejo lobo de mar. Cirujano de profesión, experto en medicina de inmersión, fundador de la Universidad Católica del Norte y su Centro de Investigaciones Submarinas, asesor de la OMS y la OIT, entre muchas otras cosas, es una eminencia en temas subacuáticos. Buca desde los 10 años y fue varias veces campeón de caza submarina. Incluso una caleta de pescadores en Las Cruces lleva su nombre, pues allí comenzó su aprendizaje y conoció a sus grandes amigos y maestros, quienes lo honraron de esa forma años más tarde.

Hoy, el doctor Cea está retirado. Durante su vida buceó prácticamente por todo el mundo. Y hasta debió aceptar que el mar le quitara a su hijo mayor, quien falleció hace unos años debido a un accidente de buceo en Australia. Ahora, Alfredo Cea sólo bucea en

El doctor Alfredo Cea es una eminencia en temas submarinos. Su especialidad es la medicina de inmersión. Ha buceado prácticamente por todo el mundo, fundó el Centro de Investigaciones Submarinas de la Universidad Católica del Norte y desde los setenta ha sido el principal investigador del naufragio de La Esmeralda. Por estos días está obsesionado con esclarecer los sucesos reales del Combate Naval de Iquique. Y ya está seguro de algo: según él, el hecho más heroico de la historia de Chile es un mito. Bienvenidos al increíble mundo submarino del Doctor Cea.

**Texto:** Sebastián Montalva W., desde La Herradura, Coquimbo.

**Retrato:** Viviana Morales.

la orilla del mar junto con sus nietos, pero, dice, sigue en su ilusión metido debajo del agua. Su casa en La Herradura, Coquimbo, está adornada como un barco, con mascarones de proa, vigas originales de buques, un destilador de agua gigante y hasta escafandras del siglo 19, entre otros cachivaches. Además, continúa investigando: hace tres meses que está dibujando y clasificando los peces de La Herradura. Y aparte estudia con ahínco la his-

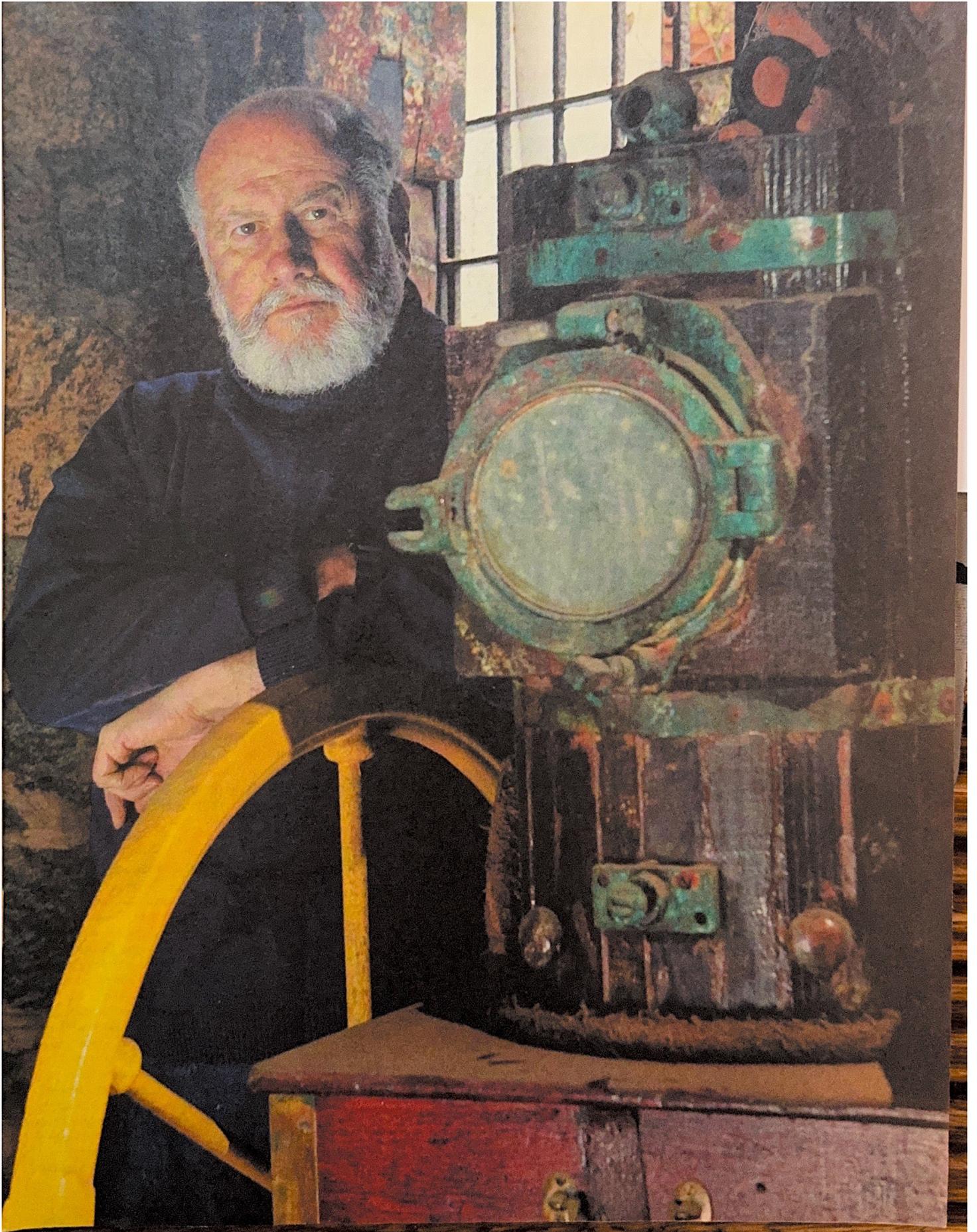
toria de La Esmeralda y del Combate Naval de Iquique.

Pero vamos por parte. El doctor Cea sabe que es un hombre de mar, y quizá por eso uno de los tesoros que guarda en su casa es un roñoso certificado del 19 de febrero de 1960 que lo acredita como el segundo chileno en bucear el naufragio del Dresden, en Juan Fernández.

—Hace muchos años hubo un buzo de escafandra que dijo dónde estaba el Dresden. Mi amigo Pancho Ayarza encontró la bitácora de ese buzo y fue el primero en bajar. En 1960, luego de un campeonato de buceo que hubo allí, yo bajé con él. A 60 metros de profundidad estaba completamente mareado, pero por el vidrio del buque pude ver clarito una botella que colgaba delante mío. La metí en mi traje de goma y la saqué a la superficie. Vi que tenía algo adentro. La abrí y era una carta que decía *Usted tiene el honor de ser el segundo en haber bajado al Dresden, por favor llámenos*. La había dejado Ayarza.

—¿Dónde nace su afición por el buceo?

—Yo le tenía terror al mar, producto de las experiencias con mis tíos, que vivían haciéndonos chinás. Pero mi relación dura con el mar empezó cuando mi papá compró una casa en Las Cruces y





veraneábamos allá. Allí conocimos a un grupo de pescadores que vivía cerca de la casa, que para mí era como un grupo de magos, porque me hablaban de la pesca, de las noches en el mar, los naufragios. Después aparecieron unos buzos, y eso sí que fue el tope de lo raro. Ellos nos mostraron un mundo que era absolutamente desconocido, y empezamos a aprender con ellos. Al final sabíamos mucho más que ellos, inventamos tecnología para bucear, aletas de madera, anteojos de moto con macilla. Luego hubo otros buzos en Chile y comenzamos a conocernos, a contarnos los cuentos, las mentiras.

—¿Cuándo comenzó a viajar e investigar otros mares?

—Fue de forma muy natural. Yo en realidad no soy un viajero. El viaje en sí no es lo que me interesa. Lo que me interesa profundamente es el escenario marino, conocer al hombre que vive en el mar y que ha creado toda una visión al respecto. A mí me gusta conversar con los pescadores porque me enseñan mucho, te das cuenta de que ese hombre siente el mar. Ellos se desplazan buscando la abundancia, y como de repente llegaban unos viejos raros que decían *Yo vengo de Taltal, el mar es mucho más calmo que acá, y hay unos tollos así muy grandes, se convertía en nuestra meta. Había que ir a Taltal. Y luego con los campeonatos de pesca submarina, nos decían Hay un campeonato en Brasil, y para allá partía yo. Así fui conociendo el mar de Sudamérica, el Caribe, México, California.*

—¿Y cuál es el mejor lugar donde ha buceado?

—El mar que más quiero fue ese mar inicial que conocí en Las Cruces, ahí tuve las emociones más fuertes. Pero en cuanto a belleza y a la relación entre el hombre y el mar, sin duda me quedo con Isla de Pascua. Yo viví allá, así que conocí todas las leyendas, el ambiente, las técnicas, la antropología oceánica.

—¿Sólo Isla de Pascua?

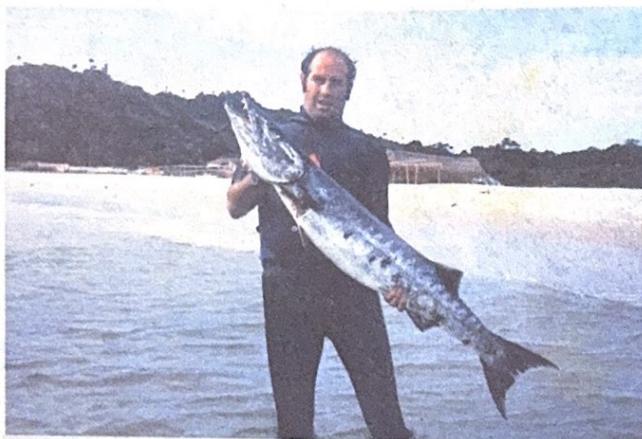
—No, también me quedo con los canales patagónicos, los fiordos de Chiloé. Eso es lo más monumental que puede haber, es el Caribe de Chile. Uno no se puede imaginar el colorido, la diversi-



**ESTRELLAS.** Según Cea, los canales patagónicos son uno de los mejores lugares de Chile para bucear.



**CONGRIO.** Alfredo Cea ha dedicado su vida a investigar, fotografiar, dibujar y clasificar los peces de Chile.



**CAZADOR.** El doctor se inició en campeonatos de caza submarina, pero su afán era conocer a los pescadores. Aquí lo vemos en Florianópolis, en 1971.

dad y las cosas que hay ahí. Con Patricia, mi mujer, mientras hacíamos un documental para el programa «Al Sur del Mundo», buceamos en la noche, bajamos los focos y nos encontramos con especies completamente desconocidas, especies abisales, no podíamos creerlo. También conozco mucho Tahiti, fui allá a escribir un libro sobre los peces de la Polinesia, y es como meterse en una poza llena de colores, pero no tiene esa cosa solemne, media lúgubre del mar chileno. Eso yo no lo conocí en ninguna otra parte.

—¿Y qué hay de sitios como el Mar Rojo o la Gran Barrera de Coral en Australia?

—Son una pirotecnia. La Barrera de Coral es el Disneylandia del mar. Allá no hay una cultura del mar, que es lo que me interesa. Ese mar no tiene la sustancia del de Chile.

—Usted es uno de los principales investigadores del naufragio de La Esmeralda. ¿De dónde

viene este interés?

—Luego de bucear el Dresden me vino una verdadera obsesión por meterme a los buques hundidos. Son como una cápsula que encierra un momento. Entonces yo me dediqué mucho tiempo a seguir las rutas de los buques.

—¿Qué buques investigó?

—En Chile hay muy pocos buques a la vista, porque el mar los estrella contra la costa y los hace pedazos. La mayoría se ubica por el nombre del lugar donde está hundido. Aquí en Coquimbo, cerca de Punta de Choros, había uno muy lindo que lo hicieron pedazos, el Lynch. Yo tenía un congrio amaestrado detrás de las hélices y siempre lo iba a ver, le sacaba fotos, porque los congrios viven en una parte determinada. Entonces una vez se me ocurrió contar que estaba este congrio enorme de un metro cincuenta, y la próxima vez que fui ya le habían pegado un buen arponazo en la cabeza. Pero el tér-

mino de esta afición fue cuando buceé La Esmeralda, en los setenta, ahí dije *Ya buceé todo lo que quería bucear.*

—¿Por qué?

—Por todo. Primero, porque pude bucearlo con mi mujer, lo que te deja lindos recuerdos. Después, porque La Esmeralda como buque hundido es muy impresionante, y además cuando pones la historia encima del buque, éste te cuenta cómo fue el combate. Cuando buceábamos en la noche, solos, nos parecía que estábamos acompañados, que había gente al lado que nos quería contar la historia.

—¿Estaba muy roto?

—El buque fue bastante aporreado en el combate mismo, en 1879. Pero posteriormente fue explotado por unos buzos de escafandra de ese tiempo que sacaron todo lo que podía servir. Se metieron ahí y la única forma de sacar cosas era poniendo explosivos y rompiendo. Fue una extracción muy brutal.

—¿Encontraron huesos de gente?

—Nosotros encontramos al guardiamarina (Ernesto) Riquelme, el que disparó el último cañonazo del buque. Su cuerpo estaba aplastado por una serie de estructuras del buque, y tenía su uniforme. En La Esmeralda murieron muy pocos oficiales, uno fue Riquelme. En 1975 la Marina nos encargó hacer un documental para la televisión que se llamó «El monumento sumergido». No fue muy bueno técnicamente, pero salió algo que nadie imaginaba, pues se pensaba que iban a haber tres palos y resulta que el buque estaba casi entero.

—Ahora usted está trabajando

**do en un nuevo documental.**

—En realidad, estoy trabajando con todo el material que tengo guardado de años, ordenándolo y tratando de entender muchas cosas. El que lleva el documental es Fernando Luchsinger, quien está recreando el combate con animaciones 3D. Yo lo asesoro. He leído muchísimas cosas sobre lo que pasó, y resulta que lo que decía uno con el otro, y todos los que habían estado presentes, era absolutamente contradictorio entre sí. Uno decía que el buque se hundió a las doce, otro a la una y media, otro decía que le pegaron un cañonazo, otro que le pegaron cinco. Entonces era una especie de sopa marinera donde nada era cierto. Yo dije *Esto hay que comprobarlo*, y a medida que me fui metiendo en la historia, me di cuenta de que el famoso Combate Naval de Iquique es un mito. Es decir, pasó, es cierto que hubo un combate, pero el cuento verdadero fue muy distinto.

—Es totalmente distinta. Prat era un caballero muy particular, pero no esa persona rara que crearon. Este norteamericano muestra que cuando en Chile creamos un héroe, es para todo servicio. Prat ha sido utilizado por las Fuerzas Armadas y los civiles —pues antes era abogado—, era el hombre que unía el mundo uniformado y el mundo civil. Era un hombre al que le colgaron que era muy religioso, muy devoto. Jamás lo fue. Si hablamos de la familia, era un esposo modelo, adoraba a su mujer, las cartas que le mandaba son un epistolario amoroso entre un hombre y una mujer. Hasta el Partido Comunista lo utilizó: fíjate que fue profesor de historia en escuelas para obreros en Valparaíso, hacía clases en la noche, entonces todas las fuerzas progresistas decían *Ahí tienen, un hombre de izquierda preocupado de la educación de los trabajadores*. Prat tenía muchas gracias, pero el asunto es

### “La Gran Barrera de Coral en Australia es el Disneylandia del mar. Ese mar no tiene la sustancia del de Chile”.

**—¿Cómo así?**

—Aquí hubo artistas de la comunicación como Benjamín Vicuña Mackenna (senador en esa época), que inventó un cuento fantástico que convenció a todo Chile y convirtió a Prat en una especie de santón. Hace poco se editó en Chile un libro del norteamericano William Sater («La imagen heroica en Chile. Arturo Prat. Santo secular»), quien estudió cómo los chilenos fabricamos a nuestros héroes y los utilizamos. Prat fue fabricado por Vicuña Mackenna, pues independientemente de su valor histórico y heroísmo, este gallo creó un mito, y con ese mito pudo motivar a un país que no tenía interés en la guerra. Ahí salieron después los valientes soldados caminando hacia Lima y no los paró nadie. Eso nos permitió ganar la guerra.

—¿Pero en qué sentido es diferente la versión del combate?

una cuestión de guerra: fue un marino que se agarró a balazos con otro, saltó y lo mataron. Era un tipo inteligentísimo, profesor y un abogado notable, pero no saltó como abogado ni como profesor al Huáscar.

—¿Cómo ha llegado a todo esto?

—La clave está en que Luis Uribe (segundo Comandante de La Esmeralda) dice que se les echaba encima el Huáscar y, tocándose los buques, disparaba los tremendos cañones que tenía, y en cubierta La Esmeralda se hacía tira. Y en realidad el buque no está hecho tira, tiene un cañonazo no más. El resto está bien. Fíjate que los espolonazos sí son absolutamente claros. Ahí es donde hemos empezado a contradecir un poco la cosa. Entonces es la propia Esmeralda la que permite confirmar lo que fue en realidad el combate y lo que es mito. ■